

de su valor, le tomó de la mano y le condujo por un sendero lleno de abrojos y espinas que lo despedazaban de una manera extraordinaria. Por último, llegaron á un bello prado terminado por una colina del mas gracioso aspecto, en cuya falda se encontraban tres ángeles ricamente vestidos, de los cuales, dos tenian en sus manos unas antorchas encendidas, y el tercero llevaba una cruz procesional. Se pusieron en movimiento, y vinieron á encontrarlos, marchando tras ellos en armonioso concierto dos dilatadas filas de bienaventurados, y al pasar por delante del santo y su discípulo, unos saludaban al primero, y otros comprometían al segundo para que los siguiese; pero este no se movia á causa de una gran timidez; mas Felipe tomó la palabra diciendo: “No, todavía no es tiempo; todavía no.” Toda aquella multitud, despues de haber dado una vuelta, se dirigió hácia la colina por un camino lleno de flores y sembrado de frondosos árboles, en cuyas ramas se mecian pequeños angelitos, que con voces encantadoras entonaban el *Gloria in excelsis Deo*. En la cima de la colina, habia un palacio luminoso, en el cual entró la procesion, dejando todo lo demas solitario y silencioso. Pasado todo esto, Maffé despertó de su sueño.

Cuando amaneció, quiso confesarse, y se fué á ver al padre, quien le dijo luego que entró: “Vos sois un hombre que dais mucho crédito á lo que soñais.” Sonrióse Maffé, y se puso á contar-

le lo que le habia sucedido; pero el santo le interrumpió, y le dijo mirándole con ojos severos: “No se va al cielo soñando; es la buena vida tal cual conviene á un hijo de Dios y de la Iglesia, la que os ha de llevar allá. Repetía frecuentemente que los que no tienen álas, deben caminar por tierra y no querer volar por el aire. En lo que daba á entender, que las visiones y revelaciones, solo son propias de las almas que vuelan en álas de la perfeccion, y que lo demas no es mas que un verdadero embuste del espíritu de mentira.

CAPITULO XXVII.

Predicciones del espíritu profético de Felipe.



NO emprenderé referir aquí todas las cosas que anunció nuestro santo, á consecuencia de las revelaciones con que Dios le favorecia. Diré, sin embargo, lo bastante para convencer á mis lectores, que pocos santos le igualaron en el don

de profecía. Por lo demas, hé aquí el testimonio que le ha tributado la sagrada congregacion de ritos. *In prophetiae dono non est inventus similis illi.* Tres cosas encierra en sí el don de profecía: primero, el conocimiento de lo que ha de suceder; segundo, el de los hechos que pasan á lo léjos; y tercero, el de los secretos de los corazones. Los acontecimientos que voy á referir, probarán que Felipe recibió de Dios este triple conocimiento.

Juan Angel Cribelli, queriendo comulgar el Juéves Santo, fué á ver á Felipe muy de mañana, para que lo confesara, gozando hasta entonces de robusta salud. Fijó su vista en él el Santo, le miró con mucho interes, y le dijo: Preparaos, hijo mio, al sacrificio que Dios exige de vos."—"El es nuestro dueño, respondió Cribelli: que se cumpla en mí su voluntad."—"Pero, repuso el santo, se trata de un sacrificio muy costoso; ¿se lo hareis con gusto?"—"Con muchísimo, padre mio, ayudado de su gracia, que nunca falta en tales casos."—"Pues supuesto que es así, le dijo el santo, disponeos á morir el domingo de Pascua." En aquella misma tarde se enfermó de fiebre, y murió el dia de esta gran solemnidad.

Viniendo un dia Francisco de Molaria á visitar á este buen padre, le dijo éste: Si nuestro Señor se llevara á vuestra esposa, ¿sufririais este golpe con una resignacion cristiana?"—"Ignoro, respondió, lo que produciría en mí tan espantosa desgracia; pero felizmente no tengo porque temerla, pues

mí muger está buena completamente."—"Sea lo que fuere, repuso el santo, hareis bien en prepararos para volverla al que os la dió." Diez dias despues fué arrebatada de una violenta fiebre que la condujo al sepulcro.

Gerónimo Cordella, célebre médico muy estimado de nuestro santo, cayó gravemente enfermo, y su muger mandó al momento á avisárselo á Felipe, para que orase por él. Mientras que el enviado iba apenas subiendo las escaleras de la casa, dijo el siervo de Dios á sus discípulos: "Se muere nuestro buen Cordella: llegó su hora." Admiráronse los que le oian, porque todos ignoraban que Cordella estuviese enfermo; pero su admiracion subió de punto, al ver que en aquellos momentos entró el criado á dar el recado que traia á nuestro santo. Despues que se despidió, repitió Felipe que Cordella habia llegado al fin de su carrera, y que no le quedaban ya mas que unos cuantos dias de vida. "Pero, padre mio, le dijeron sus oyentes, si no podeis hacer nada por su cuerpo, id á lo menos á ocuparos de su salvacion."—"No dudeis de ello, replicó Felipe, yo haré en su favor cuanto esté de mi parte." Ocho dias despues, vinieron muy de mañana al cuarto del santo, Gallonio y Consolini, y les dijo: "Cordella ha muerto anoche á tal hora ¿no es verdad?" Reflexionando luego que no lo podian saber todavía, mudó de conversacion. Ambos padres mandaron á averiguar el hecho, y resultó que Cordella habia

muerto efectivamente á la hora que el santo habia indicado. Habíales admirado que el santo no hubiera ido á ver una sola vez á este médico por quien manifestaba tan tierno interes; y estaban tan seguros de ello, cuanto que durante todo el tiempo de su enfermedad, no habia puesto un pié fuera del Oratorio. Pero se engañaban completamente, porque él visitó al moribundo sin salir de su cuarto, segun se lo confesó él mismo al cardenal Cuzano.

Orinthia, esposa de Pompeyo Colone, mas illustre todavia por sus virtudes que por su alto nacimiento, cayó enferma, y su marido hizo llamar á los mas hábiles médicos de Roma, quienes fueron de parecer que no habia absolutamente motivo de temor. Poco confiada la enferma con la opinion de los facultativos, pidió que le llamasen á su confesor. Vino luego nuestro santo, y despues de hablarle un gran rato acerca de cosas espirituales, le encargó que tuviese presente la pasion de Nuestro Señor Jesucristo. Al salir de allí se encontró con los médicos, y les dijo que aquella señora estaba en grande peligro. "Os engañais, padre, respondieron ellos riéndose; su estado no presenta gravedad alguna."—"Vosotros así lo creéis, respondió el santo; pero yo os aseguro que morirá antes de ocho dias." Los doctores se rieron todavia con mas ganas; pero no obstante esta riza, la profecía tuvo su exacto cumplimiento.

Elena Cibo y su esposo Domingo Mazzé, caye-

ron á un mismo tiempo enfermos, y espantada la madre de Elena, corrió á ver al santo é imploró el auxilio de sus oraciones, diciéndole que temia perder á una y otro á la vez. "Dios se llevará al marido, respondió Felipe, y dejará á la esposa." En efecto murió Domingo de aquella enfermedad, y Elena sanó, la que reconocida á este beneficio de Dios, se encerró en un monasterio. Tenia dos hermanas, una en el mundo, y otra religiosa en el convento de la Torre de Miradores. La primera, que se llamaba Victoria, fué un dia á confesarse con Felipe, y le preguntó éste si hacia mucho tiempo que no habia visto á Visencia; y como le respondiese que sí, añadió: "Pues os aconsejo que vayais pronto á visitarla, porque ya le queda muy poco tiempo de vida." Algunos dias despues dejó de existir.

Se disponia Marcelo Ferri para un dilatado viaje, y encontrándose con el santo, le comunicó su proyecto. Este reflexionó un poco y le dijo: "Vuestro padre no tiene ya mas que unos cuantos dias de vida, y conviene que le asistais en sus últimos momentos: así pues, no os vayais." Dióle crédito Marcelo, aunque su padre no estaba enfermo ni tampoco muy entrado en edad, y le tuvo cuenta, porque éste algunos dias despues fué atacado de una violenta enfermedad y conducido al sepulcro.

Se hallaba atormentado Virgilio Crescencio, de una enfermedad que no parecia ser gran cosa, pe-

ro Felipe, mas instruido que el médico del enfermo, fué á visitarle. Salióle á recibir su esposa Constanca, y le dijo de luego á luego: “Hija mia, es preciso conformarse con la voluntad de Dios.” Comprendió la muger el sentido de estas palabras, y haciéndole entrar á la sala, se echó á sus pies hecha un mar de lágrimas, y le suplicó le conservase á su esposo. “Dios quiere que muera ahora, replicó el santo; y en ello está interesada su salvacion. ¿Queréis oponeros á su eterna felicidad?” No insistió mas Constanca, y Crescencio murió pocos dias despues.

Patricio de Patricci, sufría una enfermedad que segun la opinion del médio no era nada. Sin embargo, fué á verle Felipe, le confesó y aun le administró los últimos sacramentos. Hecho esto, y luego que el santo se retiró, la muger del enfermo desahogó su mal humor, diciendo que aquel viejo deliraba. El mismo Patricio confesó, aunque lleno de respeto hacia su confesor, que le parecía excesiva aquella precipitacion: sin embargo; apenas habia pasado un cuarto de hora cuando murió.

Fué un dia el santo á ver á dos dominicos atacados de la peste: el uno, que era el Padre Consalvi, parecia estar ya en las últimas: el otro, el Padre Bencini, no estaba sino ligeramente malo, y el santo le dijo que ofreciese gustoso á nuestro Señor el sacrificio de su vida, añadiendo al que lo cuidaba, que su muerte estaba próxima. En se-

guida, acercándose al otro, le puso su mano sobre la cabeza, con lo que le hizo cesar el delirio, y le dijo: “No temais, vais á sanar.” Restablecióse en efecto, y el primero murió á pocos dias.

Esto hace ver, que si el santo profetizaba la muerte, tambien con igual certidumbre anunciaba la salud. Para mejor probar esta verdad, multiplicaré los hechos. El cardenal Sforce, estaba enfermo hacia ya veinte dias de una fiebre pútrida, y ya se le habian administrado los últimos sacramentos. Desolada su madre, mandó rogar á Felipe que lo encomendase en sus oraciones: este se recogió un instante, y luego dijo al enviado: “Decid á esa señora que enjugue sus lágrimas, porque su hijo no morirá de esta enfermedad.” El resultado hizo ver la verdad de la promesa.

Miguel Mercato, médico tan piadoso como hábil, y muy amigo de nuestro santo, fué atacado de una enfermedad que le llevó hasta el borde del sepulcro. Viendo Felipe á su padre anegado en llanto, le dijo: “¡Animo! vuestro hijo vivirá.” --“¡Ay! respondió el anciano, ¡será mucho que viva unas cuantas horas!”---“Yo os digo, replicó el santo, que no morirá de esta enfermedad.” Sanó en efecto, fué médico del papa Clemente VIII, y vivió todavía once años, al cabo de los cuales, el santo que le habia anunciado la vida, le predijo su próxima muerte para que se preparase á ella, lo que hizo muy santamente.